

ADENTRARSE EN LA EXPOSICIÓN:
¡Contemplad y quedaréis radiantes!
Retiro Adviento-Navidad 2010
Hna. Arantxa Jaca

INTRODUCCIÓN

Un nuevo tiempo, una nueva etapa o ciclo, supone la finalización de lo anterior, que ya no tiene vuelta atrás pero que, al mismo tiempo, nos da la posibilidad de otra oportunidad.

Algo o bastante de ello tiene el Adviento: un nuevo ciclo o tiempo que se abre, ante el cierre del ciclo pasado, que comenzó, precisamente, en el adviento anterior. Pero no un ciclo o tiempo, sin más, pues lo suyo es ser nombre compuesto, que nos pone en consonancia con otra realidad mayor, más honda, más vital, más radical (de raíz): ciclo litúrgico. Al decir litúrgico, la resonancia, el eco es de celebración, pues liturgia, precisamente, significa celebrar. Pero, ¿qué vamos a celebrar? El “apellido” que corresponda en cada momento al “nombre compuesto” nos dará la pista, y, así, nos ayudará a ir situándonos y adentrándonos mejor en la celebración correspondiente: Adviento-Navidad, o Cuaresma, o Pascua, o Tiempo Ordinario. Y, ¿cuál es el motivo de la celebración? Pregunta que una y otra vez tendría que resonar en lo más profundo de nosotros mismos si, verdaderamente, queremos que la llama de la celebración perdure chispeante. Quizás, la teoría la tenemos muy sabida, y la respuesta a esa pregunta nos sale de corrida, pero realmente ¿coincide con lo que estoy viviendo, sintiendo en mi vida? No estaría mal que diéramos cabida a esta pregunta para que la posible respuesta que nos podamos ofrecer nos resitue en nuestro ser, en nuestro vivir.

Hace unos años, un hermano agustino, para referirse al tiempo litúrgico, de forma pedagógica, hacía referencia o lo ponía en paralelo a un gran museo. Y lo quiero retomar, precisamente, a la hora de presentar o reflejar este primer retiro, dejando constancia de su rico mensaje: “No cabe duda de que Dios no es sólo un gran artista, sino el gran artista. Dos son los museos en que se puede contemplar su inmensa y asombrosa producción: la naturaleza y el año litúrgico. El primero contiene su primer ciclo, el de la creación; para contemplar sus obras bastan los sentidos del cuerpo, y la luz física. El segundo contiene su segundo ciclo, el de la salvación; para apreciar sus «cuadros» se requiere un sentido interior, y la luz de la fe. Grande es ese Museo que llamamos Naturaleza, y grande es también el llamado Año litúrgico. El mismo modo de designarlo lo indica: se requiere un año entero para contemplarlo, para empaparse de él, para disfrutar de él. No sólo tiene diversas «salas», sino que cada «sala» tiene además abundantes «cuadros», con la particularidad de que todos ellos son obras maestras que denotan la genialidad de su autor, aunque siempre hay uno que domina y da significado a toda la sala”.

Hoy quisiera adentrarme en la primera sala del Museo, que corresponde, a la de Adviento-Navidad, para contemplar, parar, bucear... en los diversos cuadros que nos ofrece, que nos regala, sin perder de vista que hay Una que es radical, central y fontal, a todas las salas: Pascua. Y quisiera entrar una vez más. Porque, y retomando las palabras de la reflexión de mi hermano agustino, “es cierto que este «Museo» lo tenemos visto. Pero también lo es que el amante del arte, el entendido, no se cansa de entrar a sus museos preferidos y, dentro de ellos, a sus salas predilectas, y lo hace cuantas veces puede. Y nada más alejado de la realidad pensar que lo hace por rutina; no, lo hace porque cada visita acaba en novedad para él; cada vez que contempla un cuadro –y sobre todo si es de un genio– descubre algo nuevo de él y de su autor; descubre nuevas bellezas y nuevos rasgos del gran artista. Y cuanto más ame el arte y cuanto más admire al artista, más disfruta y más ganas le quedan de volver a visitar el Museo, la sala, el cuadro. Y sueña con tener pronto una nueva oportunidad para repetir la visita. Quien ha entrado una sola vez en un museo de categoría y juzga que, pudiendo, no necesita volver a él, sin duda ha entrado físicamente, pero no ha «entrado» en el museo o, mejor, el museo no ha entrado en él”.

Por lo tanto, se nos apuntan ya una serie de actitudes a tener en cuenta: saber captar la belleza; dedicarle tiempo; y, la contemplación del “cuadro” mismo, es decir, la obra del artista, no

el «marco» que la encuadra, ni la decoración de la «sala», ni la arquitectura del «edificio» que la contiene, ni cualquier otro entorno.

Por ello, antes de comenzar con cualquier reflexión sería importante “aclimatarnos” por dentro, y en un momento de silencio sincero, y sin miedo, preguntarnos cada uno cuál es nuestra actitud, cuál es nuestra disposición ante este retiro, a la entrada de esta primera sala del «Museo» o tiempo de mayor profundización. Después de unos minutos de silencio, como comienzo se podría cantar u orar algo apropiado del tiempo.

Los cuadros en la sala del museo no suelen estar colocados de cualquier manera. Sin que lo sepamos y, quizás, sin que lo percibamos en un primero momento, tienen un orden lógico interno del artista. Además, cada exposición tiene su temática, su título, y en función de ello se distribuyen las obras. En nuestro caso, también sucede mucho de ello. El que el título de la exposición de la primera sala del gran «Museo» indique “Adviento-Navidad”, ello mismo nos advierte ya que lo que vayamos a percibir, recorrer, ver, captar estará relacionado con espera (advenimiento) y con nacimiento (nativitas). Nos empuja, sin querer, hacia algo que se acerca, hacia lo por venir. La primera pista, por lo tanto, se nos ofrece sin “ver” nada. No sabemos si el autor de estos “cuadros” conoce técnicas de marketing, pero por lo visto sabe de pedagogía, porque es consciente de la importancia de captar la atención de la persona, incluso antes de entrar y ver nada. Sabe de la importancia del rótulo inicial: que sea breve, claro y llamativo. ¿Cómo me resulta a mí, qué me supone a mí este primer rótulo de “Adviento-Navidad” con el que me encuentro en el inicio de la sala de exposición?

Nos adentramos..., y nos encontramos con un breve mapa del recorrido, que nos indica que va a tener cinco momentos o paneles o espacios especiales: los cuatro primeros englobados bajo el epígrafe de Adviento, cada uno con sus cuadros y títulos-mensajes correspondientes; y el quinto, bajo el epígrafe de Navidad. Comenzamos el recorrido...

PRIMER ESPACIO: “LIBERACIÓN...”

Este primer panel lleva como título “**Liberación...**”. Y bajo el rótulo hay un pequeño escrito explicativo que dice: “Título que, sin más, suscita un poderoso sentimiento de esperanza de vida. Liberarse, ser liberado, supone romper ataduras forzadas. Y sabemos que sentirse atado constriñe, encierra, encoge... y ello empequeñece a la persona y como persona”. Por lo tanto, el título de este panel nos ofrece una pista más al gran título de esta sala: una espera, un nacer hacia la liberación, desde la liberación. Este mensaje nos lo aportan los autores de estos cuadros: Isaías, Pablo y Mateo. Todos ellos han conformado este espacio o panel del primer domingo de Adviento.

Y empezamos a ver y a pararnos ante los cuadros colgados de una manera diferente en las paredes de la sala. Los primeros cuadros con los que nos encontramos corresponden a un autor llamado Isaías, y de manera nítida y cálida recoge o plasma un caminar gozoso, y a cada uno asigna una breve expresión o llamada:

1. *Cima de los montes...* (Is 2,2)
2. *Hacia él confluirán...* (Is 2,2)
3. *Venid...* (Is 2,3)
4. *Marcharemos...* (Is 2,3)
5. *Forjemos arados y podaderas...* (Is 2,5)
6. *¡Caminemos a la luz...!* (Is 2,5)
7. *Luz... de Dios* (Is 2,5).

Siete preciosos cuadros que, aunque giren en torno a un mismo mensaje, presentan sus matices enriquecedores: liberación que asciende, que camina, que se encuentra, que se siente como llamada, que requiere ser construida, que es constructora de algo nuevo pero creadora, que ilumina pero que, al mismo tiempo, requiere una Luz especial, diferente..., la de Dios.

El siguiente autor es Pablo, y nos presenta cinco pequeños cuadros con un estilo vivo y un tanto llamativo, que no dejan indiferentes:

1. *Ser conscientes...* (Rom 13,11)
2. *Despertaos...* (Rom 13,11)
3. *Llega ya el día...* (Rom 13,12)
4. *Vestíos...* (Rom 13,14a)
5. *...de Jesucristo* (Rom 13,14a)

Por lo tanto, una liberación que tiene que ser enriquecida con la consciencia, con estar despierto, con la luz del día, con vestiduras que lleven la “etiqueta” de Jesucristo... No es una liberación cualquiera. Pablo nos ayuda a afinar un poco más.

Y pasando al tercer momento de este primer espacio, el autor Mateo nos ofrece nuevas pinceladas en esa invitación a la liberación. Curioso, porque nos ofrece un único cuadro, pero bien visible, de dimensiones considerables, aunque muy sobrio, y recogido en el título que le ha puesto formado por tres palabras: “*Estad en vela...*” (Mt 24,42). ¿Podría, ser, quizás, el resumen de todos esos aspectos que nos han indicado los otros dos autores en esa clara referencia al mensaje que quiere dejar plasmado este primer espacio? Porque, ¿qué es estar en vela?, ¿qué requiere?

Avanzamos en la exposición y, al final de estos cuadros, nos encontramos un espacio iluminado con una pequeña luz tenue pero acogedora que iluminan en el suelo, por una parte, unas cadenas, junto con la palabra “Liberación...”; y, por otra, el título de los trece cuadros que componen este primer panel... En el centro una vela encendida. Es momento de saborear, de gustar, de rumiar, de dar tiempo... a lo contemplado. Es tiempo de acoger antes de pasar al siguiente momento.

SEGUNDO ESPACIO: “PREPARAR...”

Después de ese tiempo de reencuentro, nos acercamos hasta el segundo panel o espacio, que lleva como título: “**Preparar...**”. Y en la misma dinámica que en la anterior, debajo del rótulo nos encontramos con una breve explicación introductoria: “Preparar significa adecuar, conjugar algo ya existente para que esté disponible y se dé algo nuevo. Ello supone dejar a un lado todo lo que no resulta adecuado o dificulta el proceso... Es conversión de los elementos básicos, de lo nuclear, para que lo nuevo pueda florecer o dar fruto”. Nuevamente los autores Isaías, Pablo y Mateo nos ayudarán a adentrarnos en este mensaje de la necesidad de la preparación.

Con nuestra primera mirada, vemos los tres cuadros que integran este segundo panel. El orden de los autores, es el mismo que el anterior; pero, en esta ocasión, presenta una peculiaridad, porque cuando se llega al tercer cuadro, el mismo cuadro parece invitarnos a hacer el recorrido inverso; es decir, desde el tercero, pasar al segundo y de éste al primero.

El primer autor, Isaías, nos presenta un cuadro que lo ha titulado “*Brotará...*” (Is 11,1), y junto con la imagen de un renuevo de tronco y una raíz floreciente, en un primer plano, completa este gran cuadro con parejas de personajes casi contradictorios: violencia con justicia, lobo con cordero, pantera con cabrito, novillo con león, vaca con oso, león con buey, criatura con serpiente, niño pastoreando... ¿Qué hace posible esa combinación no comprensible, sin más?

Seguramente, la clave nos la ofrece el autor Pablo en el segundo cuadro del panel, que lo ha titulado: “*Acogeos...*” (Rom 15,5). Y a través de las pincelas de su cuadro, nos resalta la necesidad de la paciencia y el consuelo que proceden de un nuevo espíritu, para que esa acogida pueda darse como preparación a la liberación que se nos ofrece.

Y llegamos al tercer, y último cuadro, de Mateo, que nos regala no una frase sino un personaje, que le ha denominado en su título: “*Juan Bautista... Y, ¿tú?*”. Mateo, en esta ocasión, nos pone mirando a Juan Bautista. Pero, si nos ponemos ante el personaje, éste, a su vez nos hace dirigir la vista hacia otro que aparece en el segundo plano del cuadro, invitándonos a nosotros, también, a girarnos, a ponernos mirando hacia esa otra persona que no se advierte muy bien quién es; y alguien importante debe ser para cuando se nos señala de esta manera. Por eso, esa pregunta que incluye en el título resulta sugerente, incluso, puede que confusa, porque ¿a quién va dirigida la

pregunta: a quien mira el cuadro –y, entonces, es como si me preguntara quién soy yo y qué hago con mi vida-, o hacia esa otra persona que no se aprecia del todo –y, entonces, hay que “descubrir” de quién se trata, pero parece ser importante pues el Bautista nos pone mirando hacia él-? ¿Y si la pregunta recoge los dos sentidos? Interesante. Lo importante es ponerse en la tesitura de dejarnos preguntar, para ponernos en disposición de ir respondiendo; y, cuando las preguntas son en tono abierto, la respuesta requiere tiempo, implicación, observación, escucha, contemplación...

Por otra parte, un poco más arriba comentaba que este espacio tenía la peculiaridad de que, en el momento que llegábamos al tercer cuadro, éste, inmediatamente nos ponía a hacer el recorrido a la inversa. Ciertamente. Esa pregunta, junto con el personaje, que nos deja plasmada el autor Mateo (cuadro 3º), nos hace sentir la necesidad de acoger (2º cuadro) preguntas fundamentales en nuestra vida, respecto a uno mismo y a los otros, para que pueda ir brotando, germinando (1º cuadro) algo nuevo en el camino de liberación.

Unos pasos más, y nos encontramos, nuevamente, con un espacio iluminado con esa pequeña luz tenue pero acogedora que iluminan en el suelo, por una parte, unos cuantos utensilios desordenados, junto con la palabra “Preparar...”; y, por otra, el título de los tres cuadros que componen el segundo panel... Le acompañan dos velas encendidas. Otro momento de la exposición para parar de forma diferente y gustar con sosiego. Es tiempo de respirar para seguir disfrutando del y en el espacio siguiente.

TERCER ESPACIO: “ESPERANZA...”

Y, sin darnos cuenta, llegamos ya a la mitad de la exposición, pero llevando con nosotros, visualmente y en el corazón, el eco de los dos paneles o espacios anteriores que incidían en la importancia de la liberación y de la preparación.

Como siempre, al comienzo de un nuevo espacio aparece el título que va a identificar más concretamente el recorrido. En esta ocasión aparece “**Esperanza...**”. A continuación, siguiendo la dinámica, en unas cuantas palabras se nos recoge el significado del mismo. Pero esta vez, en lugar de una definición, se recurre a un refrán de Aristóteles que dice: “La esperanza es el sueño del hombre despierto” ¡Mucho en pocas palabras! Con esa invitación, desde las primeras palabras, a estar despiertos para soñar algo nuevo, nos acercamos al tercer conjunto o bloque de cuadros, que con sólo mirarlos, desprenden color que evoca alegría, belleza... Esperanza, realmente. Por lo tanto, parece ser que será la gran característica de este recorrido.

Nuevamente, el autor Isaías, en esa clave tan especial de anuncio que tiene, es el primero que nos regala unos cuantos cuadros, bajo estos títulos:

1. “*Regocijo y alegría...*” (Is 35,1)
2. “*Florecer con belleza...*” (Is 35,2)
3. “*Fortaleced...*” (Is 35,4)
4. “*Lo imposible, posible...*” (Is 35,5-6.10)

Verdaderamente, palabras que hacen renacer un sueño posible y, por ello, en actitud de celebración, de alegría. Ello nos fortalece, nos robustece, porque supone renovar la llamada a la Vida, hoy y aquí, por parte del Autor que ha dado lugar a esta Exposición tan singular.

El segundo momento de este tercer panel o espacio, nos lo ofrece un nuevo autor, llamado Santiago, y lo recoge en un solo cuadro que lo titula: “*Con paciencia...*” (St 5,7-10). No nos viene mal este único cuadro, porque, con su unicidad parece querer resaltar o subrayar la necesidad que tenemos de tiempo, de sosiego, de la no dispersión...; de señalarnos que una obra de arte no es cuestión de un momento, sino que requiere todo un proceso de elaboración, de momento, de espacio...; y, además, de que todo ello sea desde el corazón.

Y, con ello, nos adentramos un poco más en la sala, y nos acercamos hasta el tercer autor que cuelga sus cuadros en este espacio, que nos resulta conocido, porque es Mateo. En esta ocasión, también Mateo nos deja un solo cuadro, bajo el título: “*Id a anunciar...*” (Mt 11,4). Y esta vez, el

primer plano del cuadro lo ocupa aquella persona que no se podía reconocer en el cuadro de Mateo, del segundo panel, y que ahora se le puede identificar como Jesús; y el personaje de Juan es el que, en esta ocasión ha pasado a un segundo plano. ¡Toda una enseñanza la que nos deja el autor del cuadro, en progresión al anterior!

Pero la referencia al anuncio ¿dónde queda? Adentrándose un poco más en el cuadro se percibe perfectamente, y de nuevo, esos rasgos de pinceladas posibles en lo que parecía imposible: visión sobre la oscuridad, movimiento sobre la parálisis, salud sobre la enfermedad, audición sobre la sordera, vida sobre la muerte... Anuncio especial, sí... ¡Realmente, esta exposición transmite un mensaje diferente!

Llegamos al final del tercer espacio, pero para redondear el pequeño recorrido, otra vez se nos ofrece, un espacio más sosegado con su pequeña luz tenue iluminando en el suelo una rama que parece seca, pero que muestra algún brote verde, junto con la palabra “Esperanza...”. Ahí están también el título de los tres cuadros que componen el tercer panel; al igual que un pequeño cuadro, sin marco, que recoge, en contrastes, las diversas tonalidades del verde... El entorno se completa con tres velas encendidas. Gustamos y contemplamos por breves minutos esta pequeña escena, antes de adentrarnos en el cuarto panel o espacio.

CUARTO ESPACIO: “SEÑAL...”

Ya hemos llegado al último espacio, correspondiente al epígrafe “Adviento”, titulado “Señal...”. ¿Qué nos deparará? Ciertamente, la alegría que nos había regalado o subrayado el tercer panel, y teniendo en cuenta que son progresivos, se tendrá que dejar notar, de alguna manera, en lo que percibamos de primeras. Y señales se nos presentan... A ver si llegamos a descubrirlos... Aquí, también, debajo del rótulo del nuevo espacio, se recoge el significado o el mensaje del título, pero esta vez sólo aparece una palabra centrada: “*Emmanuel...*”; y en la siguiente línea “*Dios-con-nosotros*”. No es muy explicativo, ciertamente, pero, quizás, porque el mensaje amplio que a través de estos cuadros se nos quiere transmitir es algo que se escapa a nuestros límites, a unos límites de palabras que “recogen” la esencia de esa realidad a través de una señal. Y, es que Dios, el Autor, ¿puede quedar “recogido” en términos, en límites concretos?

Por eso, el autor Isaías denominando a su único cuadro “*Una señal...*” (Is 7,14), es probable que nos esté adelantando la importancia de ir captando, apreciando, abriéndonos... a señales para ir adentrándonos, poco a poco, en el “ser”, en el “mundo” de Dios, sabiendo que no queda encerrado en conceptos, en palabras y en lo de siempre. Una buena invitación la de Isaías: ser vigías de señales en nuestro entorno.

Pero, para ello ¿es suficiente una mirada? El autor del segundo cuadro, que vuelve a ser Pablo, nos da la clave en su obra que lo ha titulado: “*Responder a la fe...*” (Rom 1,5). Ahí está el “plus” a la mirada, que resulta necesario para captar las señales de una manera nueva: la fe. ¡Advertidos quedamos!

Y llegamos a los cuadros elaborados por Mateo. Nos deja dos. Cada uno de ellos nos plasma una persona, un personaje, con los siguientes títulos:

1. “*María, asombrada...*” (Mt 1,18)
2. “*José, aturdido...*” (Mt 1,19)

Sentirse asombrada y sentirse aturdido. Al mismo tiempo que estas reacciones nos hacen pensar que estas personas son como nosotras, de carne y hueso, porque tienen reacciones que todo ser humano puede tener, acentúan lo especial de esta Exposición. Pues, a la aportación del mensaje de liberación, que requiere ser preparada en actitud renovadora, con esperanza y alegría, que nos han ido dejando y hemos ido recogiendo de los cuadros de los espacios anteriores, esta última nos dice que todo ello puede, y yo diría más, debe crear asombro y aturdimiento dentro de nosotros, porque no es un proceso cualquiera, no es un proceso corriente. No, no es una liberación, un preparar, una esperanza, una señal, una alegría cualquiera..., pues el origen, la razón y la meta del proceso está en el Autor que nos supera y, al mismo tiempo, está más dentro que nosotros mismos.

Y, ciertamente, el equilibrio de esa gran paradoja, que para nosotros nos parece imposible, es posible porque quien nos lo entrega, si le dejamos, es Dios.

Cuatro son los cuadros que componen este panel, y en este ocasión, bajo cada cuadro se sitúa una vela encendida: cuarto espacio, cuatro cuadros, cuatro velas... Fin de esta primera parte del recorrido. Damos un pequeño paso más para adentrarnos en el quinto panel de la Exposición, correspondiente al segundo epígrafe denominado “Navidad...”. Haciendo nuestros el asombro de María y el aturdimiento de José, nos disponemos a alcanza a ver, a descubrir qué habrá de especial en ese nuevo espacio, porque esta vez no se nos ofrecía ese pequeño espacio sosegado con luz tenue que nos invitaba a reflexionar, a ahondar... lo visto y recogido en los cuadros; sino que directamente con esa pregunta que nos puede brotar del por qué estar asombrados, por qué estar aturridos, avanzamos.

QUINTO ESPACIO: “NATIVITAS... NACIMIENTO”

Y entramos ya en el segundo epígrafe y quinto espacio. No hay mayor explicación del título que se le ha puesto a este panel o espacio, salvo una invitación: “*Contemplad y quedaréis radiantes*”. Por lo visto, es la invitación a entrar directamente en él para comenzar a descubrir con qué nos encontramos. En principio, un único cuadro que, en sí mismo, ya resulta llamativo por sus grandes dimensiones, pues ocupa toda la pared del panel, ¡y tiene unos cuantos metros, tanto de alto como de ancho! Unos pocos y pequeños pero cómodos asientos situados enfrente del cuadro iluminado con una luz especial, mientras el entorno permanece muy a la penumbra, y sin ningún texto, palabra o título en donde fijar la mirada, salvo una suave música que levemente entona el espacio pero sin querer romper lo diferente del momento y del lugar, invitan realmente a sentarse, y dedicarle tiempo, espacio, sosiego..., aunque sea un rato, y a quedarse mirando, y preguntarse por qué un cuadro tan grande, para dejarse envolver por la grandeza, la belleza, la calidad... de la obra. Además, cada cierto tiempo, de forma muy pausada y espaciada, pero sin perder ritmo, y como queriendo ayudar a adentrarse más en ese gran cuadro, una voz en “off” nos va relatando tres pasajes del evangelio que tienen relación directa con el origen de esta obra de arte: Mt 1, 1-25; Lc 2, 1-20; Jn 1, 1-18. Se nos invita a quedarnos así: con los ojos fijos en el cuadro, mientras el oído va recogiendo el mensaje para llevarlo hasta el corazón y dejarlo reposar allí, para poder contemplar y después irradiar; tal y como se nos decía a la entrada. Por cierto, ¿no es esta también la actitud de María, en su asombro, y la de José, en su aturdimiento?

Es un cuadro, ciertamente, muy especial, porque aunque está acabado y es completo, resulta, al mismo tiempo, un cuadro abierto..., para que la persona que se sitúe ante él vaya recogiendo y dejando pinceladas propias, aunque los retoques no queden plasmados a la vista de todos. Sí, resulta un cuadro interactivo, como gusta llamar ahora.

La escena principal, aparece en el primer plano, y recoge la escena familiar, llena de misterio, como es la acogida de un Niño que nace. Tres personas, tres momentos, tres mensajes: Jesús, María, José. Los tres envueltos y acogidos en el Misterio. Una nueva Creación, por Amor. Criatura que ha sido regalada por Dios a la Creación del principio, y con el deseo de ordenar definitivamente y de manera plena el orden comenzado a establecer en el inicio de todo, tal y como nos relata el libro del Génesis en sus dos primeros capítulos. En el cuadro, ese inicio de orden queda reflejado, en la explosión de luz y color que se aprecia perfectamente en el fondo del mismo. Y el orden definitivo y pleno queda reflejado, por su parte, en el Recién Nacido que nos muestra el cuadro; en un Niño que no sabe ni puede pronunciar una palabra, porque acaba de nacer, pero que sin embargo es y va a resultar la Palabra definitiva y plena. ¡Paradojas de Dios, una vez más! ¿Cómo entenderlo? ¿Cómo adentrarnos en el Misterio? Quizás no resulte fácil entenderlo, ni lo entendamos nunca del todo, porque su dimensión es muy superior a nosotros, aunque ese Misterio haya sido puesto y dejado en nuestras manos. Pero lo que sí se nos permite es adentrarnos. Ahí nos ha dejado la invitación al comienzo del panel: ¡*Contemplad y quedaréis radiantes!* Porque el

Misterio ¿es para entenderlo o contemplarlo? Y la irradiación ¿de dónde procede: del entendimiento o de la contemplación?

Y podemos seguir contemplando el cuadro, la escena y las escenas. Sí, porque la dimensión que tiene esta obra permite acoger otras escenas, además de la principal, que nos deja diversos y distintos personajes y lugares y, por lo tanto, un mensaje amplio: pastores, ángel, Herodes, Simeón, Ana, magos de Oriente, distintos y diversos animales, el bautismo de Jesús por parte de Juan, el edificio del templo, una cruz y sepulcro en un lugar destacado... Realmente, en el mismo cuadro se percibe que este Niño es una nueva Creación, porque todo confluye hacia Él y se percibe, también, que todo es emanado de Él. En el silencio y desde el silencio, el que es Palabra pero sin pronunciar palabra alguna, ¡cuánta nueva y buena Noticia! Y, sin salir del cuadro, ello se puede recoger también adentrándose en cada personaje, en cada escena o lugar que aparece plasmado en la obra, porque a través de ellos es como hacer un recorrido por todo el Evangelio. ¡*Contemplad y quedaréis radiantes!*

Y quien contempla no queda indiferente, porque acoge la luz y es llevado a irradiarlo... Así que sí, en verdad, contemplamos sin prisas, sin miedo, con apertura... este cuadro, no podemos levantarnos sin sentirnos implicados. Ahora, seguramente, podemos comprender mejor que todo el proceso anterior, todo ese proceso que hemos ido recogiendo y acogiendo en los paneles, espacios y cuadros sucesivos resultaba diferente, especial, porque confluía en algo Nuevo. Y, también, desde el cuadro apreciaremos mejor el sentido, el ser, la necesidad del proceso. En verdad, el verdadero Autor de esta singular Exposición ¡es un gran Pedagogo y Maestro de Vida!

FIN DEL TRAYECTO: “COMPARTIR...”

Esta Exposición, materialmente, llega a su fin, porque en esta primera sala ya no hay más paneles ni cuadros ni espacios. En principio, ha quedado recogido todo. Pero antes de llegar al acceso de salida, hay un pequeño espacio que dice: “*Te invitamos a compartir...*”. Y, para ello, ofrece diversas posibilidades: un cuaderno donde plasmar por escrito la opinión, alguna vivencia, una palabra...; unas cuantas pinturas para que a través del color y el dibujo brote el compartir...; diversas músicas relacionadas con el Adviento y Navidad para que puedan sonar como reflejo de lo vivido... En definitiva, un espacio de posibilidades para compartir, porque quien ha encontrado algo nuevo que le ha tocado por dentro no puede callar, siente la necesidad de ser mensajero del Mensaje.

Tiempo de espera, tiempo de acoger el Nacimiento. ¡*Contemplad y quedaréis radiantes!*

Y ya nos dispones a salir a la calle, a volver a lo de siempre, a sumergirnos a las mil y una tareas que nos envuelven... Pero, ¿será como siempre?

Para la reflexión:

1. ¿Qué destacaría de la exposición? ¿Qué es lo que más me ha llamado la atención? ¿Por qué?
2. Elegir máximo cuatro cuadros del epígrafe “Adviento”, o de los cuatro primeros paneles, y acogerlos como actitudes en las que centrarme en este tiempo previo a la Navidad.
3. De lo acogido, de lo vivido, de lo contemplado..., ¿qué es lo que compartiría y cómo lo haría con la comunidad, en el intercambio del retiro?
4. Como comunidad, ¿podríamos subrayar alguno de los “cuadros” para tenerlo más presente durante este Adviento?

Si tenemos un tiempo para intercambio o compartir comunitario, bien podría estar empezar ese momento con una oración. Y el compartir podría terminar con la Oración de Completas, comenzando en el salmo correspondiente (sin himno y sin examen). Sería bueno que todo el tiempo del retiro fuera un momento de oración, de encuentro, de contemplación, incluido el compartir. De ahí que se proponga, de la Liturgia de las Horas, la correspondiente a la oración final del día o completas como colofón del retiro.

ORACIÓN

*«¡Qué alegría cuando me dijeron:
Vamos a la Casa del Señor!» (Salmo 121)*

- I. Vamos todos a la Casa del Señor.
No es una casa de piedra, construida por manos humanas.
No se encuentra en ciudades esbeltas o en megápolis asombrosas.
La Casa del Señor es viva, construida por el Espíritu.
Vamos a la Casa del Señor, comunidad bien compacta,
fundamentada en la fe y aglutinada por la fuerza del amor.
Allí están mis hermanos y hermanas, compañeros y compañeras,
mi estímulo y mi refugio, mi vida compartida;
juntos trabajamos y descansamos, y juntos celebramos el nombre del Señor.
Allí están los tribunales de justicia, para defender los derechos del pobre,
y las fuentes de santidad, y el manantial de la alegría.
No sabéis, hermanos y hermanas, cuánto os necesito, cuánto os quiero.
Os deseo a todos y a todas la paz.

- II. Y qué alegría cuando me dijeron: Viene el Señor a mi casa.
Mi casa es pobre y pequeña, pero viene el Señor a mi casa.
Mi casa está fría y oscura, pero viene el Señor a mi casa.
Mi casa es fea y antigua, pero viene el Señor a mi casa.
Él sabe que no soy digno, pero viene el Señor a mi casa.
Ven, Señor, yo quiero abrirte todas las puertas de mi vida, de mi corazón.